

SACRIFICIO Y RECOMPENSA

No hagan abominables vuestras almas...

(Vaikra 11,43)

Cuando comprendemos la gravedad de la ingesta de alimentos prohibidos, tenemos la posibilidad de entregar el alma, para evitar caer en este grave pecado.

Rabi Aharon Jazan, escribió en su libro "Negued Hazerem" (*contra la corriente*), realidades de su propia vida, mostrando la Siata Dishmaia (Ayuda del Cielo) que mereció, gracias al sacrificio para cuidar la pureza y la santidad, evitando todo tipo de alimentos prohibidos.

La invasión alemana sobre Rusia, en el año 1941, provocó que Stalin decreta el enrolamiento de todo hombre apto para el servicio en el ejército ruso. Quien desobedeciera la orden sería condenado a muerte.

Mi cuñado, rabi Iaacov Fridman y yo, nos anotamos, y un mes después fuimos convocados a sumarnos al ejército.

Apenas comenzamos el servicio, entendí que mi objetivo principal consistiría en enfrentarme al cuidado, frente a los alimentos no aptos.

CLASES DE TORA EN ESPAÑOL: 077 552 5349

1. Perashat Hashavua 2. Jafetz Jaim 3. Shemirat Halashon 4. Musar 5. Pirke Avot

Leiluy Nishmat

Israel Ben Shloime ztz"l Lea (Luisa) Bat Rosa Aleha Hashalom

Iemima Bat Abraham Avinu Aleha Hashalom

Shlomo Ben Simi z"l Clara Bat Elías Aleha Hashalom

Rab Itzjak Ben rabi Shalom Mordejai Shevadron ztz"l Rivka Bat Mordejai Jaim Aleha Hashalom

Consultas: 050-415-4745 08-974-2877. El folleto tiene santidad, requiere guenizá.

**Por favor no transportarlo en Shabat en lugares donde no hay erub,
ni leerlo en momentos de Tefilá o de lectura del Sefer Tora.**

En la primera pausa que tuvimos esa tarde, cuando yo caminaba entre los cuartos, con la esperanza de que nadie sospechara que yo no comía, de pronto, escucho que alguien grita a mis espaldas: “Jazan”...

Me doy vuelta lentamente... era uno de los oficiales: ¿por qué no estás comiendo? – investigó.

-Yo sí estoy comiendo.

-¿Dónde?

-Quise decir, que... ya comí.

Los labios del oficial se torcieron. Tú no comiste, ahora ven conmigo, y comeremos juntos.

En pocos minutos, nos sirvieron dos platos de carne Terefa (no Kosher). El oficial se sentó frente a mí, llenó su cuchara de comida y empezó a comer.

-Toma tu cuchara – ordenó.

Me senté en silencio, sin saber qué hacer. Hashem ¡sálvame, por favor!

El empezó a gritar: ¡de una vez por todas!, ¡come!, ¡come! Tú pretendes exceptuarte del servicio en el ejército, ¿cierto?, ¡come ahora mismo!, si no lo haces, en un momento recibirás el castigo que te corresponde...

En ese instante tomé la decisión. No voy a comer, ¿y qué?...

-Me duele mucho la panza, no me siento bien, no siento deseos de comer, le dije.

-¿Ah, verdad? ¿Estás enfermo, eh? ¡Tú no estás enfermo! – y levantó la voz – ¡come!

Me quedé en silencio. De pronto, el oficial cambió el tono de su voz, y me preguntó: ¿dónde sientes dolor?

-En la panza, respondí.

-Está muy bien, nosotros vamos a revisar tu problema. Te enviaré al hospital militar. Y si me dicen que tú estás sano, te llevarán de inmediato a un juicio militar... y tú sabes lo que eso significa... (todo soldado que se presentaba a un juicio militar resultaba culpable, y era condenado a muerte)

-Está bien, dije. Me llevaron fuera, y en mi interior se desarrollaba una especie de tornado...

El oficial siguió vaciando su plato. Y entonces, llenó un formulario para presentar en el hospital militar. Lo introdujo en un sobre, lo cerró bien y me lo entregó. Tomé el sobre y salí. Sus ojos no se apartaban de mí ni por un instante...

-Yo quiero la respuesta Jazan, dijo mientras me retiraba.

El hospital recibía pacientes solamente sobre el final de la tarde. Tenía las horas contadas para prepararme y tener “buenos” resultados. Comencé a correr alrededor del campamento, tomando litros y litros de agua... Finalmente entré al hospital, mi corazón latía muy fuerte...

El doctor que me revisaba era iehudi. Me examinó durante unos minutos, antes de inclinarse a decir que algo no andaba bien en mi interior.

-¿Dónde vives? – me preguntó. Le contesté, y me entregó un sobre cerrado, y solamente después de volver al campamento pude saber que había escrito sobre mi salud golpeada, y que no estaba apto para el servicio en el ejército. Me enviaron a casa, con una corta licencia... pero esto fue sólo el comienzo de mi aventura con el ejército...

Pasó poco tiempo, y tuve que volver. Terminado el Shabat, el veintiséis de julio, salí de Odessa, en barco por el mar Negro, junto a otros dos grandes barcos que llevaban decenas de miles de soldados. Mi cuñado Iaacov y yo, estábamos en el barco “Gruzia”, junto a otros siete mil soldados, y tras un viaje de varios días, llegamos a Mariopol, en las costas del mar de Azov.

Los pensamientos me atormentaban, me obligarían a comer alimentos prohibidos para mantenerme con vida. Y si moría en el frente de batalla, sería el castigo por ingerir dichos alimentos. Con estos pensamientos, conseguí, con todas mis fuerzas, mantenerme solamente a base de pan y agua.

Semanas contadas antes de Rosh Hashana, nuestro oficial tuvo que ausentarse, no sé por qué motivo, y nos permitieron entrar a la ciudad por unas horas.

Caminé mucho, y de pronto vi, frente a mí, un consultorio médico. Entré y pedí que me revisara un especialista en enfermedades internas. Me llevaron con una doctora iehudia, de unos treinta años...

-¿Qué tiene usted? – me preguntó.

-Siento dolores en el corazón.

Ella tomó un estetoscopio y me examinó. No encuentro ningún daño en su corazón.

-Si yo estoy sano, ¿cómo es posible que esté tan delgado? – no pensaba renunciar con tanta facilidad.

-Tal vez – dijo - ¿no tendrá problemas en los pulmones?

-De niño, estuve tuve una grave enfermedad en las vías respiratorias, pero ya han pasado muchos años y los pulmones no me han molestado – respondí.

-Pensó unos instantes, y entonces me miró y me preguntó: ¿usted quiere curarse, o simplemente, liberarse del ejército?

-Yo no quiero escapar del ejército – me apresuré a contestar – de una forma o de otra, estoy aquí solo, y no tengo dónde ir. Pero, debido a que me siento tan débil, estaría feliz si me liberan de las misiones donde debo realizar grandes esfuerzos, y que me transfieran donde pueda hacer cosas más simples.

-Esa es la cuestión – dijo la doctora – entonces, lo enviaré para que le examinen los pulmones en el edificio de enfrente.

La doctora de la sección pulmonar tendría unos cuarenta y cinco años.

-Quítese la camisa – me ordenó. Lo hice, quitando también – junto a la camisa – los Tzitzit de lana que vestía bajo la camisa, para no despertar preguntas irrelevantes.

De todas formas, ella se dio cuenta. ¿Qué es eso? – me preguntó, señalando los Tzitzit.

-Es una prenda de lana que visto para abrigarme – le respondí.

-No es cierto – me dijo con voz clara – son las “cuatro puntas”...

No podía creer lo que escuchaban mis oídos. Ella me lo dijo con tanta simpleza... también ella es iehudia... entendí.

-Perdón, me disculpé, es así, tal cual como usted dijo...

Ella me examinó bien, y después dijo: no encuentro ningún daño en su respiración...

-Me duele el corazón – me quejé.

-Es suficiente – me interrumpió. Entendí que todo había terminado.

Me levanté para irme. Un momento – me dijo, cuando casi estaba fuera, y me envió a hacer una resonancia magnética.

Escuché, después del estudio, que ella discutía con la técnica. Escuché “está completamente sano”... y otra vez me levanté para irme.

Ella volvió a detenerme – me dio miedo, tal vez me acuse y cuente cuánto quiero librarme de todo esto... de todas formas, tomé el informe que me dio, y me fui, triste y preocupado.

Unos metros más adelante, me apoyé en una columna, y saqué el informe. Un hombre que pasaba, me ayudó a leer, sobre mi hombro...

-¿Qué?, ¿tú estás enfermo? – me preguntó dando un gran paso hacia atrás, mientras tartamudeaba “tu-ber-cu-lo-sis”, lo que leyó...

-Sí – contesté, y volví a leer la buena noticia...

Al otro día me informaron que debía volver al campamento, y no es todo, siguió un largo tiempo más hasta la libertad final...

Rab hagaon Shlomo Levinstein Shelita. Umatok Haor.